

lo comprender y aproximar a los vecinos unos con otros, podría ayudar a resolverlo. Y ese fue su acierto y su logro en perfecta concordancia con el sentir general. Otras publicaciones posteriores, partidistas, estridentes o acomodaticias, no lograron el acatamiento de la opinión ni siquiera el de la mayoría de sus correligionarios, porque Alcázar tiene ese factor distintivo para todos los colores demasiado vivos o deslumbrantes, que por hacerle daño a la vista, cierra los ojos y los aparta para no cegarse y tropezar.

Este FERROCARRIL, última y superviviente publicación que podemos considerar y que ya, por su larga vida, podemos incluir en la historia, echó sobre sus hombros una obligación moral, que habrá que agradecerle siempre, la de hermanar a todos en el amor a Dios sobre todas las cosas, que es el bien, apartándolos del odio y del resentimiento e induciéndolos a abjurar del rencor y del temor, de la zozobra y de la escama íntimas, haciendo posible la confianza y la tranquilidad perdidas en una racha cruel de ofuscación y fragor.

No eran momentos de discusión y análisis sino de duelo y meditación para rehacerse entre los detritus de la riada, recorriendo con la Cruz todas las estaciones de la vía. No le era menester para tal misión lujosa indumentaria, conformándose con la túnica del fraile y el cilicio de la penitencia que le eran más propios. Tampoco los alardes de conocimiento y sabiduría que no le fueran necesarios al simple lego para caldear el templo con su fe.

Ninguna concesión a las vanidades del mundo salvo el saludo de bienvenida a los recién nacidos y el de despedida a los muertos, por aquello de saber con quién había que contar o dar de baja en el recorrido de ese calvario como única esperanza verdadera de encontrar la salvación en el amor fraterno.

Se destaca en ésto un hecho fundamental, el de que en todo este siglo, Alcázar ha necesitado órganos de información e intercomunicación, que los ha creado y sostenido y, que incluso en la difícil época reciente no le ha faltado la voz de la estación, única posible, tal vez débil, pero en medio del silencio destacaba mucho y despertaba ilusionada curiosidad de noticias que nunca se producían pero que no por fallidas dejaban de renovar la esperanza para buscarlas en el número siguiente como las soluciones de las charadas de Novejarque. Y así 25 años que no ha dejado de tañer esta esquilita monjil llamando a la reconciliación con timbre apagado, pero claro, traído por los vientos desde alturas remotas como nos llega el eco de la campana lejana en días de ventisca y frialdad.

Otra cosa laudable, excepcional y justificativa de la regularidad de la marcha del periódico, es que en todo ese tiempo, el timón no ha salido de la mano prudente, perseverante y ecuánime de Don Leandro Gómez, Don Leandro el de la estación, porque el maestro, que era su padre, ya murió.

Esperemos que este hombre del puesto de mando siga metiendo el tren a su hora mucho tiempo todavía y deseemos que si sobrevinieren tiempos de tribulación y extravío en la nevada sierra, no nos falte nunca el repicar orientador y confortante de la campana amiga.